

## Capítulo 5: Los ojos

La pequeña multitud formaba una rosquilla en torno al madero firmemente clavado en el suelo. Los más bajos se colaban por entre los codos para colocarse en primera fila. Algunos fracasaban y se ponían de puntillas o daban saltitos entre el tumulto. Otros se abrían paso con montones de paja y de madera para llevar junto al poste.

Derren vestía su jubón de cazador recién lavado, impoluto. También había pedido agua y jabón para bañarse en la posada. Había descansado como no lo hacía en años. O eso le parecía a él. Se sentía como nuevo. Pensó que así se sentiría todos los días cuando se hiciera con los tres mil escudos de plata. “Tres mil escudos de plata”, resonó el eco en su mente. Aunque eso no le libraría de sus pesadillas, seguro que le hacía el sueño más llevadero.

La curiosidad le picaba desde la noche anterior, conque decidió acercarse a la piña que formaban todos los campesinos. Escogió una rama baja sobre la que sentarse para observarlo todo desde la distancia, con más claridad. Desde allí no se le escaparía ningún detalle. Toda una vida de incursiones nocturnas en peligrosos bosques le habían entrenado sobradamente los sentidos. En especial, el del oído, el olfato y la vista.

Varios hombres sujetaban a una figura de tez pálida envuelta en harapos negros que hacían difícil ver donde acababa su cabellera igual de oscura. La veía de perfil, pero se tambaleaba como si acabaran de darle una paliza. Amordazada, con la cabeza gacha y las muñecas aherrojadas, avanzó hasta el sólido madero, instigada por los tres hombres. Luego, mientras ellos se encargaban de atarla al poste, su mirada se paseó por la jauría de idiotas que reclamaban fuego y sangre.

Fue entonces cuando Derren advirtió que tan solo era una niña.

Sus ojos claros miraban con pavor, su cabeza giraba de un lado al otro. Parecía no saber dónde estaba. Parecía no saber qué hacía allí. No debía de tener más de quince o dieciséis años. Entonces un tipo de aspecto rudo tomó la palabra, y Derren decidió acercarse.

— ¡El demonio tiene frío! ¿Qué tal si encendemos una hoguera? —vociferó el hombre. La masa estalló en risotadas y algunos levantaron los brazos bramando síes—. Mandémoslo de vuelta a su casa. ¡De vuelta al infierno!

— ¡Al infierno! —rugió fervientemente la gente del grupo.

Derren se abrió camino en medio del bullicio, a codazos sin mirar siquiera a los injuriados e ignorando las quejas que le iban dirigidas. Al llegar a la primera fila comprobó lo que se temía: un sacerdote limereo.

“Lo que faltaba”, pensó, mirando al hombre envuelto en su toga celeste. Tenía las manos juntas detrás de su jorobada espalda, con los dedos entrelazados, y sus ojos negros y fríos observaban con minucioso interés a la enardecida multitud. Cuando estimó que había llegado el momento, alzó un brazo para reclamar silencio y discursar.

— Humildes feligreses de los Mil Reinos, habéis recorrido un largo camino por las tinieblas, cegados por una niebla primitiva de creencias arcaicas y erróneas. Nadie os culpa por ello, pues el Mal es astuto y sabe camuflarse. El Mal engaña. Manipula. Habéis vivido largos años ignorándolo todo sobre las oscuras intenciones del Mal. Pero hoy abrís los ojos. Hoy conocéis a

los demonios. Los veis. Los combatís. Los vencéis –al decir esto, un hombre salido de la multitud le cedió una tea ardiente. Con ella en la mano, el sacerdote se acercó al montón de paja que rodeaba al madero– Al igual que vuestro rey Gobb, escogéis sabiamente la senda luminosa. ¡No me cabe duda, vuestras almas serán salvadas! ¡Aún estáis a tiempo! ¡Todavía son puras! Dejad que el fuego expulse al Mal de vuestra aldea. Y no dejéis que vuelva nunca más.

Y entonces el sacerdote prendió el fuego. La gente se perdió en una mezcla de gritos de júbilo e indignación. Derren, desde luego, no estaba dispuesto a quedarse mudo ante tamaña injusticia. Aunque lo que más le molestaba no era la injusticia que estaba cometiendo el sacerdote, sino la estupidez de quienes lo permitían.

– ¡¿Vais a dejar que un forastero os diga lo que tenéis que hacer?! ¿Qué ha sido de vuestras creencias? –el cazador se había plantado en medio de la zona despejada, a la vista de todos–. ¿Vais a dar la espalda a los espíritus? ¿Creéis que vuestros muertos os perdonarán? ¿Acaso quemar a una niña os dará una buena cosecha? ¿Acaso quemar a una niña espantará a los lobos silvestres? ¿De verdad creéis que así os libraréis de la libélula?

Un prolongado bisbiseo recorrió el lugar. La muchedumbre parecía confusa y azorada. En los Mil Reinos, los cazadores gozaban de un estatus privilegiado. Sus hazañas se contaban durante las fiestas y los rituales. Más aún si cazaban en nombre del reino. La voz de Derren, cuya hebilla representaba dos colmillos cruzados en sus puntas, tenía un peso considerable en los pueblos de la región. Su región. Su territorio. Su reino. Más incluso que el del rey Gobb, que apenas llevaba unos años en el trono. Derren llevaba siendo cazador veinte años, y había cazado ya en nombre de doce reyes, once de los cuales yacían bajo tierra, pasto de los gusanos.

Algunos bajaron los brazos, otros la cabeza. Hubo quien asintió, incluso. Derren lo vio claro, no eran feligreses limereos. Ni mucho menos. No habían abrazado la religión dominante. No habían abandonado sus creencias. Tan solo acudían a un evento novedoso y excitante. La quema de un demonio. Las llamas todavía estaban lejos de los pies descalzos de la chiquilla andrajosa. El sacerdote le dirigió una mirada asesina, pero Derren prosiguió antes de que pudiera oponer palabra alguna.

– No dejéis que os manipule el miedo. No dejéis que un forastero encorvado os imponga sus ritos sin sentido. ¿Demonio? ¿Dónde está el demonio? ¡Yo solo veo a una niña maltratada!

– ¡Pero sus ojos! –gritó alguien.

– Sí, ¡sus ojos! ¿Cómo explicas entonces que tenga los ojos de dos colores? –inquirió otro.

– ¡Salid de esta maldita aldea y veréis ojos de todos los colores! –rugió con fiereza–. ¡Mi trabajo es cazar demonios, maldita sea! Los miro a los ojos y les hundo mi espada en el cráneo. Ojos negros, blancos, amarillos. Un ojo, tres ojos. ¿Acaso importa?

Acto seguido, Derren se dirigió al poste que empezaba a arder. Oyó que el sacerdote empezaba a perorar de nuevo, pero su atención se dirigió hacia el hombre que le cortaba el paso. Se llevó una mano a la espalda y el ruido metálico de la catana cortó el aire. El hombre se fijó en la hebilla de su cinturón. Derren sonrió. “Ya lo vas pillando”, pensó.

– Aparta –ordenó, con la catana apuntándole al pecho.

El tipo reculó unos pasos, luego miró a alguien que estaba detrás de Derren, y volvió la vista hacia el cazador. Repitió el gesto varias veces, como esperando alguna orden. Finalmente, tras titubear varios segundos, se retiró. Derren avanzó rápidamente y se colocó tras la niña. Subió

un pie a la estrecha plataforma donde se erguía la prisionera. Desanudó las cuerdas que la sujetaban al poste por los tobillos, la cadera y las muñecas y, acto seguido, saltó con ella al exterior de las llamas.

La niña lo miró. Tenía la cara empapada. Sudor en la frente, lágrimas en las mejillas. Los ojos grises. De un solo color. De algún modo, eso lo tranquilizó: así sería más fácil. Le quitó la mordaza, pero apenas oyó lo que la chica le dijo en un susurro debido al alboroto.

El cazador se volvió hacia la multitud, que reclamaba fuego y sangre. ¿Qué estaba diciendo el sacerdote?

– ... vuestro rey. ¿Vais a dejar que los demonios pululen por sus tierras? ¿Qué pensará Su Majestad de semejante temeridad? ¿Qué hará vuestro querido rey Gobb cuando le diga que salvasteis a un demonio?

– ¿Qué clase de rey mata a niñas por el color de sus ojos? ¡Si Gobb está asustado por esta niña, entonces Gobb no es mi rey! –clamó el cazador. Pero enseguida matizó–. Esto no es cosa de nuestro rey, esto es cosa de un forastero entrometido.

Se oyeron varias voces de aprobación a las que sucedió una ola de opiniones y de murmullos que inundó la piña que formaban los aldeanos. Entretanto, Derren se fijó en la chica de nuevo. Sus ojos eran de un gris nuboso, pero miraban al sacerdote limereo con un odio de lo más claro y sincero. El religioso la desafiaba abiertamente con gesto un gesto iracundo que contrastaba con la calma que quería transmitir su ropa celeste.

– Si dejáis que el demonio camine a sus anchas por vuestra aldea, no os quepa duda de que os vendrá a visitar por la noche. Oh, sí. No os quepa duda. Os arrepentiréis –advirtió el sacerdote con un tono serio y escalofriante.

Miedo. De nuevo, la multitud se removió nerviosa. Unos pocos ya se habían ido, aquellos que acudieron solo por ver el incendio. Pero el resto seguía inquieto con el desenlace de ese entuerto. Derren supo que no tenía otra opción si quería salvar a la niña. No podía dejarla en la aldea. Los supersticiosos campesinos no lo tolerarían.

– ¡Miradla! ¡Sus ojos son grises y solo grises! –la gente lo comprobó desde la distancia, no sin cierta fascinación e incredulidad–. Pero no tenéis de qué preocuparos, la niña no se quedará en la aldea. Me encargaré de llevarla a un lugar lejano... Muy lejano.

El vulgo pareció darse por satisfecho, con gestos de relajación en los rostros. Fue entonces cuando el sacerdote perdió los estribos, viendo que la batalla estaba perdida. Desató toda su furia contra el cazador.

– ¡¿Quién te has creído que eres, gusano impío?! ¿Quién crees que eres para entrometerte en asuntos divinos? ¿Qué vale tu palabra contra la de Dios? Yo hablo en nombre de Limerés –inspiró profundamente y abombó el pecho tanto como le permitió su jorobada espalda–. Matadlo –croó finalmente.

Tres hombres encapuchados y ataviados con túnicas azuladas salieron de entre los pueblerinos. Tres espadas refulgieron y emitieron destellos anaranjados ante la luz del sol.

“Bien, así tendrán su espectáculo. Al fin y al cabo, para eso han venido”, se dijo para sí. Esta vez esgrimió la catana sin sacarla de la vaina. El primer ataque vino de frente. “Imbécil”. Haciendo honor a su apodo, el cazador se apartó ligeramente y dejó una pierna lo bastante

atrasada para que su contrincante trastabillara y cayera de bruces al suelo. Mientras caía, aprovechó para darle un codazo en la nuca. Los otros dos no se hicieron de rogar, pero tampoco tuvo que usar la catana. Ni siquiera la vaina.

Vinieron por un flanco cada uno. Derren saltó en el último momento, haciendo que los dos secuaces limereos chocaran sus cabezas, con las espadas en alto. Con una vistosa voltereta aún en el aire, sus pies giraron a gran velocidad y uno de ellos golpeó un cráneo. El tipo quedó tendido en el suelo, mientras que el otro aún tenía una mano en la sien, la capucha bajada y la boca abierta en un rictus de asombro. Derren le apuntó con la vaina, pero fue al sacerdote a quien dirigió su vista.

– Soy Derren, de Colmillos Verdes. Cazador de monstruos, no de hombres –luego se acercó a él y se agachó ligeramente para susurrar al oído del anciano–. O quizá sea un demonio...

Y dicho aquello, lo dejó plantado en mitad de la rosquilla humana, profiriendo insultos contra su persona. La chica se le aferró con fuerza al brazo y se esforzó por seguir su ritmo cojeando levemente de una pierna. Cuando la jauría de curiosos quedó atrás, Derren exhaló un suspiro de alivio.